

TIWANAKU: LA CIUDAD DE EN MEDIO

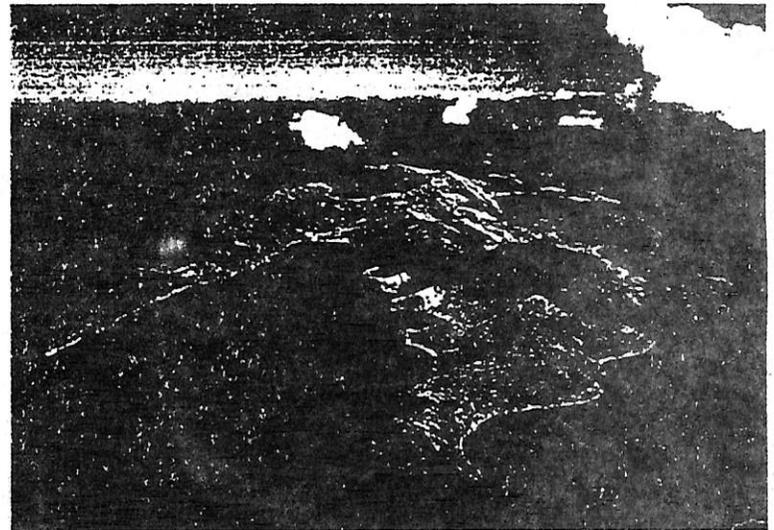
15

Introducción

La mística que rodeaba a la ciudad de Tiwanaku en la sociedad andina prehispánica tardía estaba intimamente ligada a su papel como lugar de origen en los mitos cosmogónicos. Según los relatos del siglo XVI escritos por Betanzos, Sarmiento y Molina, fue en Tiwanaku donde el dios creador Viracocha dispuso un nuevo orden social; de ahí partió la pareja original, por caminos migratorios simétricamente opuestos, para convocar a las naciones del mundo andino de los manantiales y los ríos, de las piedras y los árboles.

Tiwanaku se fundó en el altiplano andino cerca a la orilla meridional del Lago Titicaca, un mar interior rodeado por picos de nieves perpetuas. Para el antiguo mundo andino, ese lago constituía el centro sagrado de muchos mitos de la creación. Las primeras crónicas españolas narran que los indígenas aymará llamaban *taypi* al fértil eje formado por el lago, la zona física y conceptual de convergencia entre los principios de *urco* (asociado con el poniente, el altiplano, la puna, el pastoralismo, lo celestial y la masculinidad) y *uma* (asociado con el oriente, los valles, la humedad, la agricultura, el inframundo y la feminidad). Estas cualidades se repetían constantemente en el mundo real y estaban inscritas en las características físicas y simbólicas más destacadas del entorno.

Desde la cima de la Serranía Chilla, que domina el Valle de Tiwanaku, el habitante del altiplano puede tomar la vista hacia el poniente y a los inmensos llanos áridos del altiplano *urcosuyo*. Al otro lado del lago, desde un alto paso por el Monte Illampu, al oriente de Tiwanaku, se pueden contemplar las *yungas*, valles nublados en las faldas orientales de la cordillera andina, las tierras del *umasuyo*. Desde cualquiera de estos dos puntos de observación, la superficie azul cobalto del espejo lacustre marca el eje de transición ecológico de una zona a otra. La continuidad y el orden del cosmos andino exigen que estos principios opuestos pero



complementarios del *uma* y el *urco* —una madeja entretrejida de cualidades naturales y culturales— se fusionaran en una conjunción creativa y que la falla estructural entre ellos se cerrase de alguna manera. Este era el papel conceptual de *taypi*, la zona de convergencia, y Tiwanaku era su representación central. Según el cronista Bernabé Cobo, el verdadero nombre de Tiwanaku era *Taypikhala*, topónimo aymará que en castellano significa “la piedra de en medio”.¹ Esta denominación tenía un sentido geocéntrico y etnocéntrico, que concebía la localidad no sólo como capital política del Estado sino como punto central del universo.

En su apogeo, Tiwanaku no fue una aldea altiplánica que creció más que otras. Las formas de organización fundamentales del *avllu* (linaje) y de la división en dos mitades, que constituían el basamento de la civilización andina, eran las raíces conceptuales y sociales de la ciudad. Al adquirir prestigio religioso como el centro ceremonial por excelencia del altiplano, Tiwanaku experimentó una transformación cualitativa: llegó a ser,

Fig. 1 Máscara de cráneo con colmillos. Tiwanaku, Bolivia, 400/600. Plata. Museo de Metales Preciosos Precolombinos. La Paz. Foto: Dirk Bakker. Esta terrible máscara combina un cráneo humano con mofos felinos para lograr una fuerte composición abstracta. En el arte tiwanacota, al igual que en la tradición andina en general, se tiende a utilizar las imágenes como metáforas visuales de ideas o conceptos, más que como representaciones naturales. (No. de Cat. 270.)

Fig. 2 Vista de la isla del Sol en el Lago Titicaca, Bolivia. Foto: Johan Reinhard.

1

Fig. 3 Estela de "Chunchukaia" que muestra una figura y máscara solar. Conjunto de edificios de Chunchukaia. Tiwanaku, Bolivia. 400/500. Piedra. Museo Arqueológico Regional de Tiwanaku. Foto: Dirk Bakker. Este personaje ritual, inscrito en la jamba de un portal en el conjunto de edificios de Chunchukaia, porta una máscara parecida a la que se encuentra en la Fuerte del Sol.

Fig. 4 Cabeza monumental con máscara y tocado. Tiwanaku, Bolivia. 400/800. Piedra. Instituto Nacional de Arqueología de Bolivia. La Paz. Foto: Dirk Bakker. Originalmente era parte de una enorme figura columnar. Los severos planos geométricos se suavizan con tallados en bajorrelieve y líneas finas grabadas en la superficie. (No. de Cat. 271.)

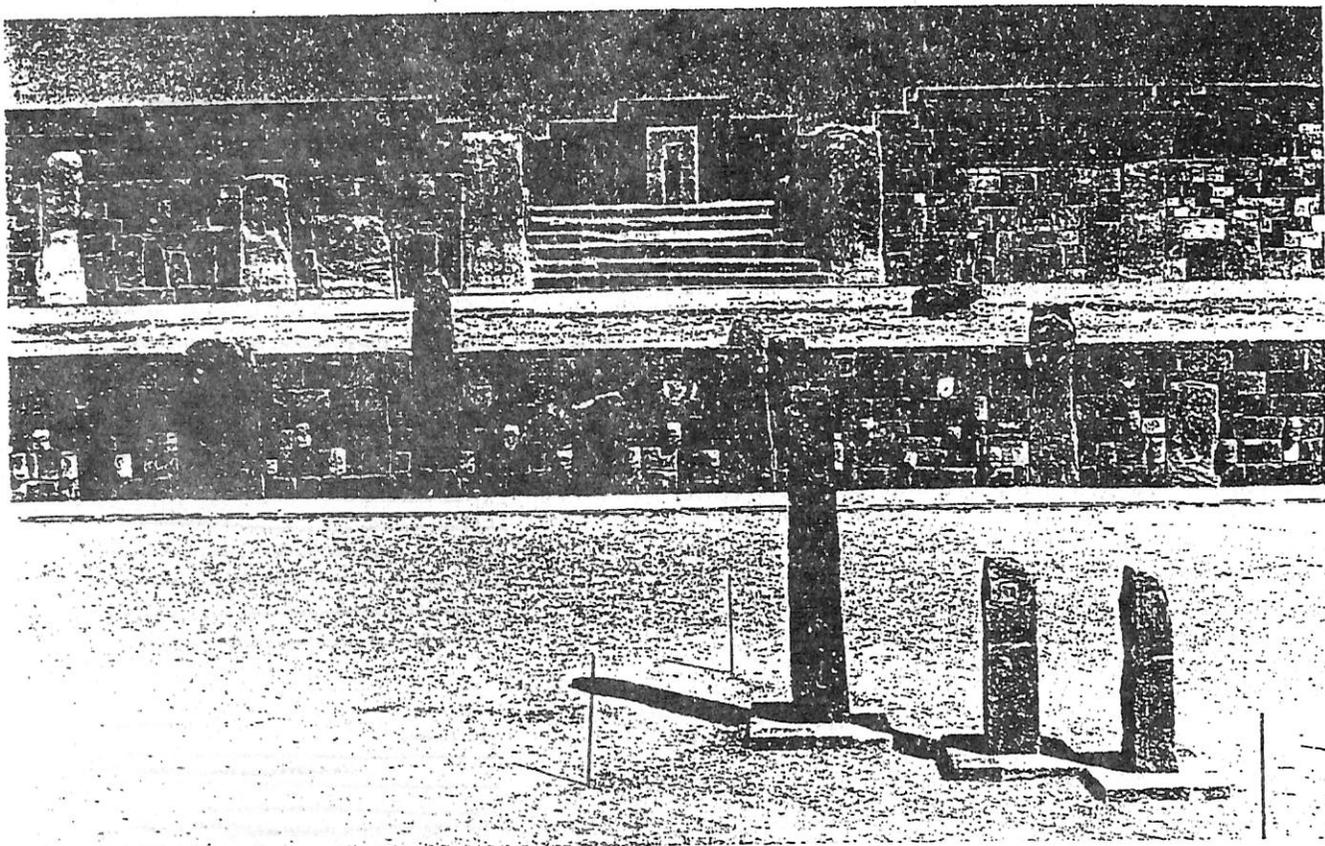
en palabras de Lewis Mumford, "un nuevo mundo simbólico, representando no solamente a un pueblo, sino a todo un cosmos y sus dioses".² Estructurar la ciudad de acuerdo con principios cósmicos se extendía a su forma física y, de manera más importante, a los personajes que la crearon.

Tiwanaku, y en especial su centro cívico/ceremonial, fue una ciudad real, impregnada del simbolismo del poder, tanto sagrado como secular: fue el asiento principal de los linajes gobernantes, el centro de la corte real y el más sagrado de los templos de la religión imperial. La ciudad fue un icono de la soberanía tiwanacota a la vez que un diagrama cósmico que expresaba simbólicamente, en la disposición espacial de su arquitectura y escultura públicas, la estructura que constituía el marco de los órdenes natural y social. Concebida como el *axis mundi*, fue el nexo máximo de riqueza y poder, identidad social y prestigio: culto y mando.

La forma arquitectónica de Tiwanaku se sumaba al conjunto público de esculturas monumentales en piedra, acentuando el aspecto mítico de la ciudad (véanse las figs. 3, 4, 5 y 6). El corazón ceremonial de Tiwanaku estaba rodeado por un inmenso foso artificial que dificultaba el acceso a los edificios públicos en el centro (véase la fig. 8); el canal abierto nos recuerda la función de los muros de protección que rodeaban a las fortalezas en la Europa medieval. Empero, al contrario de lo que creía el arqueólogo Arthur Posnansky,³ esta formación del sector élite del paisaje urbano con una barrera física de agua no se hizo con el fin de proporcionar a la élite tiwanacota una estructura defensiva contra bárbaros merodeadores o contra la hostilidad potencial de las clases bajas de la ciudad. Más bien, evocaba la metáfora del centro de la ciudad como una isla... pero no una isla cualquiera. Con una enorme inversión de trabajo humano se creó una imagen de las islas sagradas del Lago Titicaca, sitio mítico de la creación del mundo y de donde emergieron los seres humanos. El canal circundante constituía una dramática señal visual que destacaba el carácter ritual de las acciones sociales desarrolladas en el centro de "la isla". Al cruzar el canal, desde el espacio exterior ocupado por la arquitectura vernácula hacia la isla interior de templos y residencias de la élite, el visitante a la ciudad se trasladaba del espacio y el tiempo de la vida cotidiana al espacio y el tiempo de lo sagrado. El centro interior era una recreación humana o, mejor, una re-representación del espacio y el tiempo de los orígenes humanos.

En el mundo andino, como en muchas otras cosmologías, los orígenes no eran considerados un vago y distante acontecimiento histórico, que se conmemoraba sólo en ceremonias anuales: el tiempo cosmológico era cíclico, regenerativo y recreado por la acción humana; los orígenes estaban en el pasado, en el presente y en el futuro. Los humanos existían en ese tiempo sagrado y





también en el tiempo profano de la vida cotidiana. El centro ceremonial de Tiwanaku era el escenario teatral en el que se recreaba el orden cosmológico.

La apropiación del tiempo, el espacio y la actividad sagrados por parte de la élite tiwanacota constituía un mensaje paralelo en este texto arquitectónico. En el interior del centro ceremonial se construyeron los principales templos de la ciudad, así como las residencias palaciegas de la clase dominante. Al vivir dentro de este recinto interior sagrado, la élite se arrogaba el derecho (y asumía la obligación) de interceder por la sociedad ante lo sobrenatural para mantener la armonía en los órdenes natural y social. Los linajes de la élite unían el tiempo histórico (la experiencia lineal del tiempo vivido aquí y ahora) con el tiempo cosmológico (el tiempo cíclico, regenerativo del mito). Como sugiere Robert Ellwood, la figura del rey —y el proceso simbólico de su ascenso al oficio— desempeñaba un papel fundamental en el mundo antiguo, al combinar los poderes del mito y de la historia:

[Al ascender el rey al trono] se juntaba el tiempo cíclico del retorno continuo de la naturaleza y sus estaciones con el tiempo como historia, que sólo podía aproximarse a la repetición mediante la sucesión real. Fundamentalmente, entonces, el rito del ascenso es un acto de civilización. Por más primitiva que sea la sociedad, capta la

paradoja temporal que sostiene a la civilización. Los ritos buscan imponerle a la sociedad humana una continuidad con la naturaleza.⁴

Por carecer de textos indígenas, no tenemos acceso a los nombres de los reyes de Tiwanaku, a sus linajes o sus hazañas individuales, pero las creaciones arquitectónicas y escultóricas del núcleo de la ciudad capital nos permiten reconstruir una teoría verosímil sobre el significado de ese espacio creado, del que ellos eran autores y patrones principales. Esto, a su vez, permite entrever cómo era el gobierno de Tiwanaku.

La geografía sagrada y el diseño urbano

Para el visitante, Tiwanaku parece una ciudad sin trazado aparente. Aquí y allá se yerguen unas cuantas estructuras líticas monumentales aisladas (véase la fig. 7) como hitos dramáticos en un llano por demás ralo cubierto de *ichu*, la paja brava del altiplano. Atraído por estos monumentos, el invariable paso del turista cruza la antigua circulación, hoy enterrada bajo la superficie. Mas el terreno es irregular; persisten vagos trazos de antiguas plazas públicas y patios interiores. Pilares líticos gascados por los elementos sobresalen de la tierra, marcando los ángulos de las paredes de edificios en ruinas hoy profundamente enterradas bajo el fino sedimento causado por la erosión de viejas estructuras de adobe y del paisaje montañoso circundante,

Fig. 7 Plaza hundida y puerta ceremonial en el conjunto de edificios de Kallasaya en Tiwanaku, Bolivia, 400/300. Foto: Richard Townsend. La puerta está orientada con el fin de enmarcar la salida y la puesta del Sol en los equinoccios.

→ surge el concepto de...
 → 8 monumentos neolíticos - escultura megalítica 7 m de altura - minaturan, etc

que se ha acumulado durante milenios. Aunque no es posible conocer la organización interna de la ciudad, quedan indicios de la red de caminos en muros y estructuras. Enormes sillares de piedra arenisca pulida, granito y sumideros de andesita —complicados artefactos tecnológicos del sistema de agua potable de Tiwanaku— yacen dispersos, sin relación aparente entre unos y otros. Irónicamente, sólo la red de alcantarillado (que por ser subterránea está intacta) da indicios sobre el plan original de la infraestructura hidráulica de la ciudad.

Pese a los impedimentos físicos para descifrar la morfología de la antigua ciudad, se están elucidando los conceptos de orden social subyacentes que dieron forma a Tiwanaku a partir de la evidencia acumulada por la investigación arqueológica sistemática, que comenzó en 1957 patrocinada por el Centro de Investigaciones Arqueológicas en Tiwanaku (CIAT), incorporado posteriormente al Instituto Nacional de Arqueología de Bolivia (INAR), fundado y dirigido durante muchos años por Carlos Ponce Sanginés. Hoy día es posible extraer algunos de los principios organizadores que dieron forma a la capital e identificar aquéllos que se extendieron al diseño de las ciudades satélite que rodeaban a Tiwanaku.

La gradación concéntrica de lo sagrado

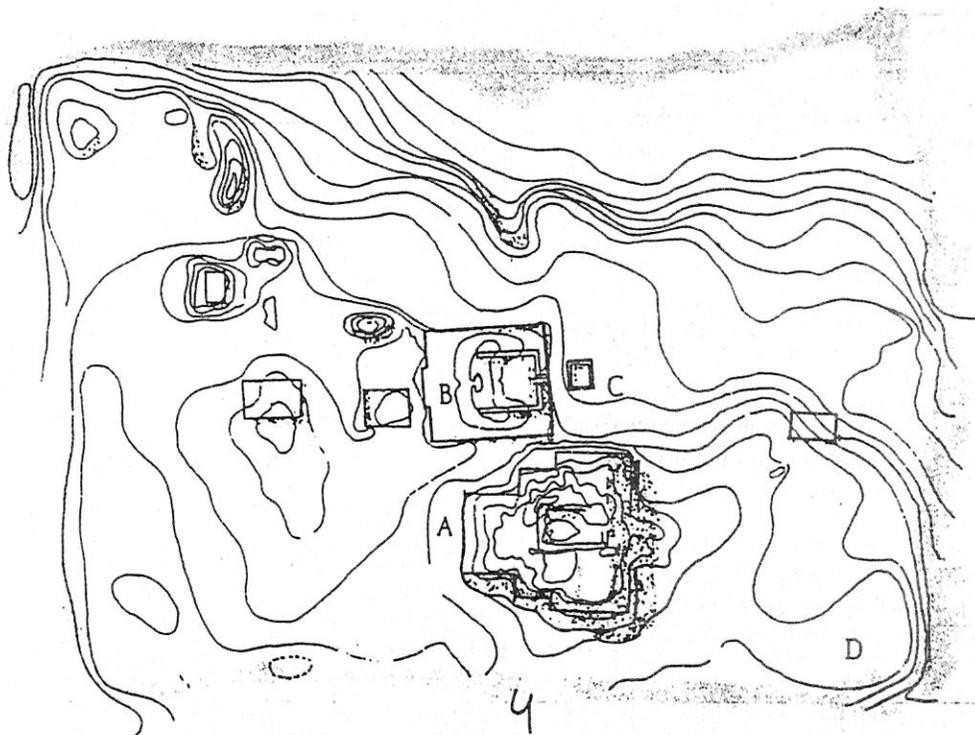
Nos hemos referido al centro cívico/ceremonial de la ciudad como metáfora de la isla sagrada de los orígenes universales y de la creación del ser humano. El canal abierto de Tiwanaku delimitaba

la esencia concentrada y sagrada de la ciudad y servía como una barrera psicológica y física; su forma, dimensiones y representación simbólica establecían una jerarquía concéntrica de espacio y de tiempo (pasar a través del canal representaba un cambio, un movimiento hacia el interior del lugar y el tiempo de los orígenes étnicos). Los moradores de Tiwanaku deben haber reconocido una contradicción intrínseca: la isla central del mito cosmogónico era el punto de origen de todos los seres humanos, pero solamente algunos, los de la élite de la sociedad tiwanacota, se adjudicaron el derecho especial de residencia en el centro sagrado. La desigualdad social y la jerarquía estaban inscritas en la fórmula urbana de Tiwanaku.

Este principio de orden urbano podría describirse como una gradación concéntrica de lo sagrado, cuya intensidad se reducía al desplazarse del centro de la ciudad hacia la periferia. Dentro de este marco, que se vinculaba con las concepciones de lo sagrado, los habitantes de Tiwanaku ocupaban el espacio físico según su posición social y ritual. En la cúspide, el prestigio ritual se identificaba, y hasta cierto punto se fundía, con la autoridad política. No es de sorprender, entonces, que los niveles superiores de la élite tiwanacota se adueñaran del corazón interior (y más sagrado) de la isla artificial para construir allí sus residencias. La noción de que existía una idea de lo concéntrico en la mente del pueblo de Tiwanaku, que daba forma a sus concepciones del "orden correcto" en la capital, se refuerza por la presencia de otros dos fosos, si bien incompletos, situados al oriente del canal

Fig. 8 Plano del núcleo ceremonial de Tiwanaku. Bolivia. 400/800. Dibujo: Carlos Fuentes Sánchez. El canal abierto o foso artificial que rodeaba el recinto sagrado lo convertía en una isla simbólica. Los mitos registrados en el siglo XVI describen a Tiwanaku como lugar de origen, el sitio donde nació el Sol

- Leyenda
- A. El Akapana
 - B. Kalasasaya
 - C. Patio hundido
 - D. Foso que rodea los recintos interiores



→ Zoo Ac - 1200 sus grandes conflictos con sus vecinos, Ponce San Jines

→ aparición de meloches es + tempranos que en mesoamérica

principal. Es posible que éstos sirvieran para drenar el desagüe pluvial de las porciones habitadas del paisaje urbano. Sin embargo, dada nuestra teoría sobre el canal principal de Tiwanaku, sugerimos que el propósito básico de los canales periféricos era el de marcar, en forma simbólica, límites sociales con el fin de diferenciar todavía más la posición ritual de los residentes urbanos según su prestigio relativo a lo largo de la gradación concéntrica de lo sagrado. Así, desplazarse desde el oriente de Tiwanaku hacia el centro cívico/ceremonial de la ciudad significaba pasar por una serie de espacios demarcados social y ritualmente.

Las ciudades y el diseño urbano tenían un papel bien definido en el mundo agrario de los Estados arcaicos. Estas eran sociedades fundamentalmente no urbanas, incluso antiurbanas. La mayor parte de la población residía en el campo, dispersa en pequeñas aldeas. La realidad social dominante giraba en torno a los ritmos, ciclos y estaciones de la vida rural, muy apartada del mundo cosmopolita de la élite. Eran pocas las ciudades y éstas, por lo tanto, eran excepcionalmente singulares. La mayoría eran centros de peregrinaje para los habitantes del campo, un vínculo necesario para el turismo religioso y el mercantilismo venal. Al mismo tiempo, eran los puntos en los que se expresaban, en forma pública, los conceptos de orden universal. Para ejercer su autoridad moral sobre el campo rural, las ciudades precisaban de un diseño fácilmente comprensible que manifestara directamente el lugar de la humanidad y, más específicamente, del grupo étnico en el mundo. No deja de ser irónico que ello evocara una sensibilidad rural. La vida del campo proporcionó el modelo para la relación entre la gente y la naturaleza que ejerció una enorme influencia sobre el diseño interno y el orden social de las ciudades. El texto simbólico inscrito en el diseño de estas ciudades se proponía identificar o armonizar las fuerzas productivas (y, sin embargo, en potencia destructivas) de la naturaleza con el orden creado por la sociedad.

El camino del Sol: De las montañas al lago

Un segundo principio de la organización urbana en Tiwanaku, derivado de los puntos cardinales y, más aún, del camino del Sol por el paisaje urbano, atraviesa la gradación concéntrica de lo sagrado. Las principales edificaciones del centro cívico/ceremonial de Tiwanaku por lo general se ajustan a los puntos cardinales. La división de la ciudad, que seguía un eje solar oriente-poniente, respondía más a un concepto cultural que a un concepto físico planetario. La confluencia del camino del Sol con el punto central de la ciudad era considerada el lugar de unión de lo terrenal con los mundos celestial y subterráneo. La imagen de la montaña sagrada, que se elevaba de la tierra hacia el cielo, era la representación física de ese punto —imagen que la pirámide escalonada del



Akapana, el terraplén de mayor elevación en Tiwanaku, evocaba intensamente—

Este camino del Sol que atravesaba la ciudad surge y se disuelve en dos puntos geográficos sobresalientes, a los cuales todavía se orientan los pueblos indígenas del Valle de Tiwanaku: las cimas nevadas de la Cordillera Real, en especial los tres picos del Monte Illimani (fig. 9) en el oriente (al salir el Sol), y el Lago Titicaca (fig. 2) al poniente (al ponerse el Sol). Tanto las montañas como el lago se divisan desde las laderas que circundan el valle, pero sólo es posible verlos simultáneamente desde las estructuras ubicadas en la cuspide de la Pirámide del Akapana. Estas deben haber estado imbuidas de un poder simbólico que se derivaba, en parte, de este marco de referencia visual. Sólo desde aquí podía trazarse el camino del Sol a partir de sus amarras gemelas en las montañas y el lago.

El que la élite de Tiwanaku estuviese consciente de esta característica solar presente en la geografía sagrada y que la manipulaba para invertir a su capital de significado simbólico social y espacio-temporal parece indudable; así lo confirman algunos aspectos fundamentales del diseño arquitectónico de la Pirámide del Akapana y del terraplén del Pumapunku, al suroeste. Como escribió Cieza de León, haciendo una clara referencia al Akapana y al Pumapunku, las entradas de estos dos torres de los señores nativos de Tiwanaku están orientadas hacia el Sol naciente.⁵ Excavaciones recientes muestran que cada una de estas estructuras tenía además una segunda escalinata, del lado directamente opuesto a las mencionadas por Cieza de León. Tanto la fachada oriental como la occidental tienen escalinatas gemelas y axiales al centro. En el núcleo cívico/ceremonial de Tiwanaku, los complejos de Kalasasaya, Chunchukala y Putuni también tienen este diseño característico de entradas con un eje oriente-poniente. Las escalinatas axiales tienen drásticas diferencias en cuanto a elementos arquitectónicos.

Fig. 9 El Illimani, una de las cumbres sagradas que dominan La Paz. Los actuales indios quechua y aymará aún la veneran. Bolivia. Foto: Richard Townsend

incision

Kero

uso del celen

5

Fig. 10 Figura de guardián *chachayuma*. Tiwanaku, Bolivia. 400/800. Basalto. Museo Arqueológico Regional de Tiwanaku. Foto: Dirk Bakker. Esta figura representa a un guerrero con máscara de puma que lleva en sus manos una cabeza a manera de trofeo; originalmente estaba colocada sobre un pedestal de piedra y formaba parte de una serie de figuras que protegían la escalinata occidental de la Pirámide del Akapana; fue descubierta en 1989 cerca de la base de la pirámide. (No. de Cat. 275.)

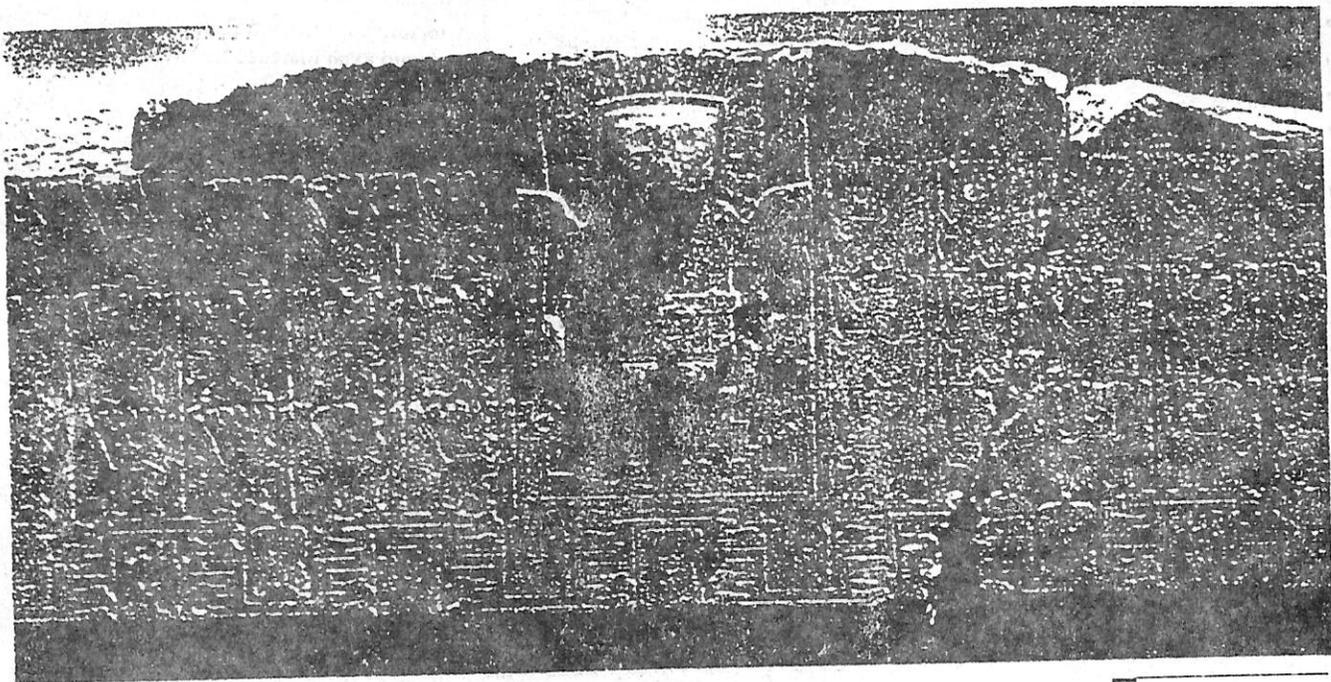
Las escalinatas occidentales son mucho más pequeñas que sus equivalentes orientales. Además, las escalinatas occidentales en el Pumapunku y el Putuni no tienen las jambas y los dinteles monumentales, elaboradamente tallados en piedra, que adornan las entradas orientales. Es probable, aunque no ha sido demostrado por los arqueólogos, que este patrón también exista en el Akapana. Dicho tratamiento arquitectónico sugiere que estas edificaciones y, más específicamente, sus puntos de entrada y salida, representan una jerarquía simbólica o de posición social. Sugerimos que en el sistema tiwanacota de geografía sagrada el oriente gozaba de mayor jerarquía que el occidente y que esto se debía a un simbolismo derivado del camino trazado por el

Sol: su salida, por el oriente, es más energética y potente que su puesta, por el poniente. Al igual que con el principio concéntrico de organización urbana, el principio axial marcaba las diferencias en el espacio social en Tiwanaku. El camino solar dividía a la ciudad conceptualmente en dos segmentos jerarquizados con asociaciones simbólicas definidas: oriente (parte alta/celestial/mayor prestigio) y poniente (parte baja/terrenal/menor prestigio).

Los núcleos ceremoniales gemelos

Al parecer, además del eje oriente-poniente determinado por el camino del Sol existía otra partición del espacio social y simbólico en dos segmentos, uno septentrional y otro meridional; así, la ciudad





de Tiwanaku se dividía en cuatro cuadrantes, que suponemos reproducían las cuatro partes del mundo tiwanacota. Esta división es común a ciudades arcaicas en todo el mundo, en particular a ciudades imperiales.⁶ Cuzco, la capital incaica, estaba organizada de esta manera; primero se dividió en dos sectores ordenados jerárquicamente, *hanan* Cuzco y *hurin* Cuzco, y después en cuadrantes definidos por los cuatro caminos principales que llevaban a las provincias.⁷ La división cuatridivisa de Cuzco hacía de la capital un microcosmos del imperio, así como una metáfora del universo incaico.

La división septentrional-meridional de Tiwanaku puede inferirse de la distribución de sus dos terraplenados principales, el Akapana (septentrional) y el Pumapunku (meridional) (véase la fig. 8). Estas pirámides no están solas; cada terraplén constituye la pieza central de un panorama de arquitectura sagrada y escultura monumental. El conjunto de edificaciones en el costado nororiental del Akapana es el ejemplo más acabado de esta arquitectura ceremonial. Es probable que cada uno de los elementos (Kantatayita, Templo Semisubterráneo, Kalasasaya, Chunchukala y Laka Koilu) haya sido construido en diferentes momentos, pero todos tuvieron como punto de orientación la imponente presencia de la plataforma del Akapana. Estas estructuras, junto con la del Akapana, constituían el dramático telón de fondo para algunas de las esculturas tiwanacotas más ricas desde un punto de vista iconográfico y visualmente más imponentes (véanse las figs. 3, 4 y 10). Dentro del recinto de Kalasasaya se encontraron seis diademas de oro idénticas (véase la fig. 12). Estos brillantes ornamentos ceremoniales, así como otras diademas similares y máscaras recu-

peradas en otras partes (véanse las figs. 1 y 13), demuestran que el esplendor de los dramas rituales se equiparaba con el de las obras de los arquitectos y escultores de Tiwanaku.

A pesar de ser de más pequeña que la del Akapana, la plataforma del Pumapunku formaba el centro visual, y por lo tanto simbólico, de un segundo conjunto ceremonial al sur de la ciudad. El Pumapunku, hoy casi totalmente en ruinas, es todavía una de las estructuras más bellas y complejas del antiguo mundo andino. El patio principal de la entrada, al oriente, estaba adornado por enormes jambajes hermosamente labrados y por una serie de esculturas figurativas monumentales. Este patio albergaba probablemente a la merecidamente famosa escultura monolítica conocida como la Puerta del Sol (fig. 11).

Si aceptamos que la ciudad de Tiwanaku estaba dividida espacial y simbólicamente en sectores septentrionales y meridionales, y si tomamos como modelo la parcelación dualista de Cuzco en segmentos *hanan* y *hurin*, esta división refleja los patrones de organización social, económica, política y religiosa. En la capital incaica, cada una de estas dos divisiones se asociaba con linajes o *ayllus* específicos, que seguirían un orden según su grado de parentesco con el Inca y el linaje real. Como señala Tom Zuidema, estos *ayllus* tenían derechos territoriales y acceso a fuentes de agua dentro del distrito de Cuzco, y también ciertas obligaciones, como la de cubrir los gastos de las celebraciones de los rituales agrícolas o encargarse del cuidado de alguna *huaca*, o lugar sagrado, en particular, conforme a un complicado calendario ceremonial.⁸

Las extensas investigaciones etnohistóricas de John Murra establecieron que un principio similar de división dualista del paisaje político existía

Fig. 11 Puerta del Sol, conjunto de edificios de Kalasasaya, Tiwanaku, Bolivia, 400/800. Foto: Richard Townsend. En la puerta se representa la deidad solar, cuyo simbolismo se remonta a Chavin. Estas referencias al pasado sugieren un renacimiento cultural.

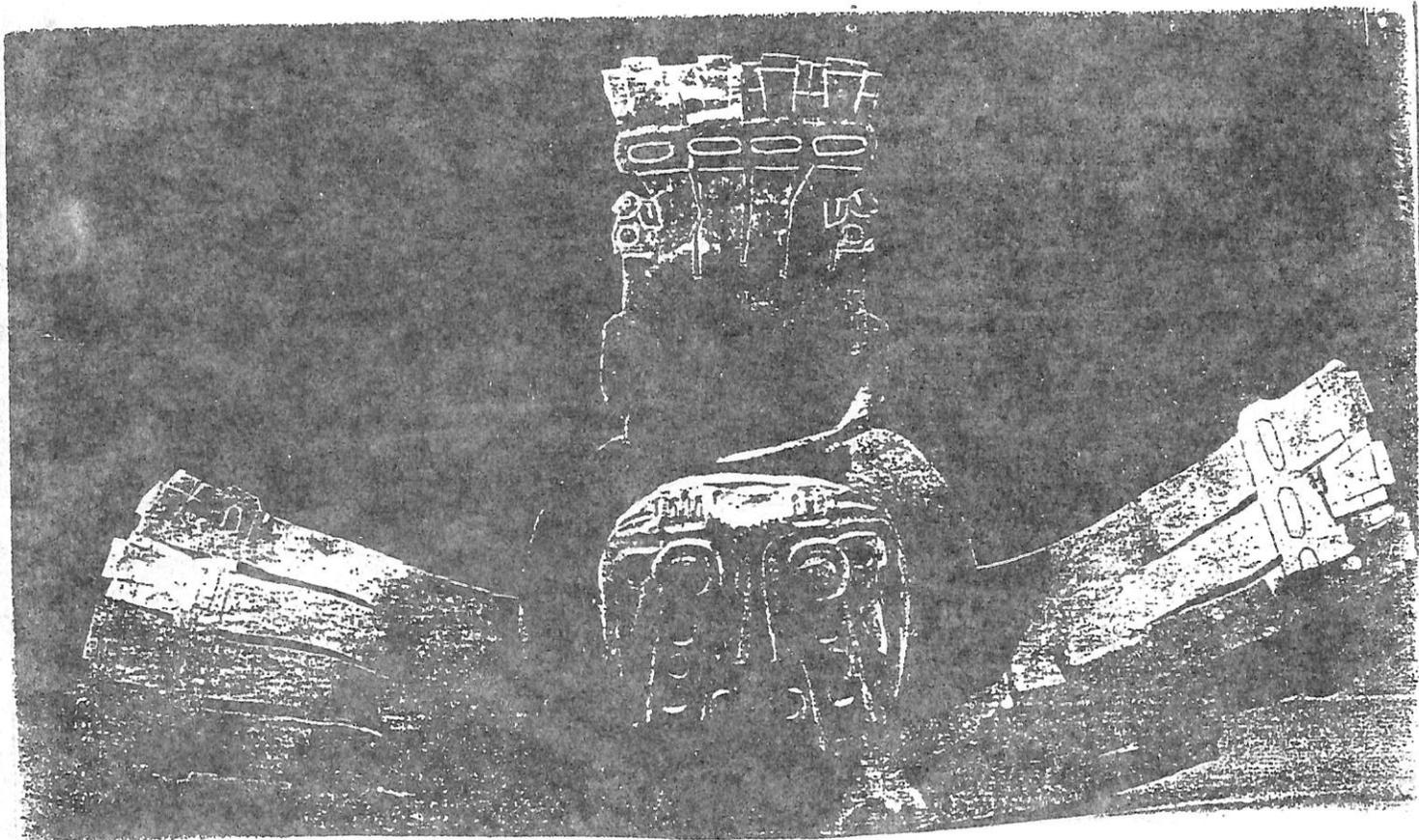


Fig. 12 Máscara-diadema con borlas que salen del centro. Conjunto de edificios de Kalasasaya, Tiwanaku. Bolivia, 400/600. Oro y sodairita. Museo de Metales Preciosos Precolombinos. La Paz. Foto. Dirk Bakker. (No. de Cat. 265.)

entre los lupaca, un reino del grupo aymará que en los siglos XV y XVI ocupaba el corazón del antiguo territorio tiwanacota, en la cuenca del Lago Titicaca.⁹ Dos señores principales aymará, Qari y Qusi, eran los más distinguidos dirigentes políticos de los lupaca a mediados del siglo XVI, y como era de esperarse en un sistema tan profundamente marcado por dualidades, todo el "reino" de Qari y Qusi, al igual que cada una de las provincias, estaba dividido en una mitad alta y otra baja, y dos señores de menor rango gobernaban en cada uno de estos niveles territoriales.

Un documento colonial escrito en 1547 describe la situación política en la aldea de Tiwanaku como similar a la del reino lupaca del siglo XVI.¹⁰ La aldea y sus alrededores estaban bajo la dirección de un señor principal, de nombre Tikuna, quien era auxiliado por un segundo curaca, de nombre Jichuta, "la segunda persona", o sea, un señor de menor rango y prestigio. Esta es una clara alusión a un sistema de mitades con bipartición política y social. En su diccionario publicado en 1612, el jesuita italiano Ludovico Bertonio, quien vivió en Juli, una de las siete cabeceras de los lupaca, comentaba que los nombres aymará de las mitades complementarias era "Alasaa" y "Maassa", y que "todos los pueblos del altiplano" tenían esta división.¹¹ Esta dualidad perduró de manera asaz integrada y sistemática en la aldea de

Tiwanaku hasta entrado el siglo XIX, tal y como lo registró Adolph Bandelier, quien en 1894 pidió a los habitantes locales información sobre su forma de organización política y social:

La respuesta fue que había solamente dos [divisiones], Arasaya y Masaya. Estos dos grupos se dividen geográficamente en la aldea. Masaya ocupa las edificaciones al sur de la plaza central, Arasaya las del norte, y la línea divisoria pasa, idealmente, por el centro de la plaza de oriente a poniente. Esta división geográfica (en Tiahuanaco) se da incluso en la iglesia. Vimos, estando en misa, que los principales de los dos grupos, cada uno con su bastón de mando, entraban en procesión: Masaya caminando del lado derecho o sur, Arasaya del lado izquierdo, o norte, para tomar sus lugares en ese mismo orden a cada lado del altar. Después de la ceremonia juntos acompañaron al cura a su casa. Pero nos dijeron también que había otros allyus (tantos como 10) en la comarca. Esto hizo que preguntara por los archivos eclesiásticos... y pronto descubrí lo que ya sospechaba, que los dos grupos que acabo de nombrar no eran parientes ni clanes sino grupos de éstos, tal vez fraternías. Estas son una forma de organización muy antigua y

existió, entre otros lugares, en el Cuzco aborigen...¹²

Más adelante Bandelier escribió que los registros eclesiásticos de los matrimonios locales en Tiwanaku, que se remontaban a 1694, hacían referencia a la misma dicotomía territorial de Masaya y Arasaya.

Pero queda la pregunta: dada la distancia temporal y, en menor grado geográfica, entre Tiwanaku y el Cuzco y los aymará de principios de la Colonia, ¿podemos afirmar que los principios y las prácticas de división espacial y social de estos últimos son aplicables a Tiwanaku? ¿Se trata de principios históricamente contingentes o son producto de estructuras fundamentales de gran antigüedad y amplia distribución geográfica en la región andina? La evidencia etnográfica y etnohistórica parece confirmar esta última proposición, aunque, como en cualquier caso en el que carecemos de fuentes primarias, no podemos asegurarlo con absoluta certeza.¹³ Sin embargo, al igual que otros andinistas que han abordado el problema, argumentaríamos que la sociedad tiwanacota sí se regía por una estructura social, política y religiosa basada en dualidades, parecida a la de los lupaca, y que por esta razón surgió el diseño urbano de núcleos ceremoniales gemelos que podemos percibir en la capital.

Es obvio que los conceptos de geografía sagrada y la integración simbólica de los paisajes naturales ejercieron una poderosa influencia en el diseño urbano de Tiwanaku. Así, podemos conceptualizar el plano de Tiwanaku como un círculo (la gradación concéntrica de lo sagrado) dentro de un cuadrado (la división cuatripartita). El recinto de la isla interior delimitada por el canal principal

de Tiwanaku era el centro residencial de la élite y el sitio en el que se encontraba el Akapana, uno de los templos más importantes. Ese recinto isleño representaba la esencia concentrada de lo sagrado. Al mismo tiempo, este núcleo era el centro ceremonial para la mitad septentrional de Tiwanaku, que vinculaba el principio concéntrico con el de división dual y el de los puntos cardinales; el Pumapunku, al suroeste, formaba el centro ceremonial complementario para la mitad meridional.

El núcleo cívico/ceremonial de Tiwanaku

Si el diseño arquitectónico de la élite de Tiwanaku tuviera sólo un distintivo, lo constituiría la plataforma escalonada con terrazas construida en torno a un patio interior hundido. Esta forma predomina en el núcleo cívico/ceremonial de Tiwanaku y en los de sus ciudades satélite como Lukurmata, Pajchiri, Khonko, Wankane y Ojje. A pesar de su escala y detalles arquitectónicos diferentes, las Pirámides del Akapana y el Pumapunku en Tiwanaku comparten este concepto, al igual que las edificaciones en menor escala de Kalasasaya, Putuni, Chunchukala y Kheri Kala. Tanto los monumentos líticos con tallas muy elaboradas (véase la fig. 3) como el carácter ceremonial de las edificaciones distinguen a cada uno de los conjuntos. Para el pueblo tiwanacota, la plataforma escalonada y el patio hundido eran el marco de referencia para las ceremonias y las expresiones religiosas públicas.

El Akapana: La montaña sagrada

Tal vez por su gran volumen, los arqueólogos de principios de siglo supusieron que la Pirámide del Akapana era un cerro natural que había sido modificado superficialmente por los tiwanacotas.¹⁴

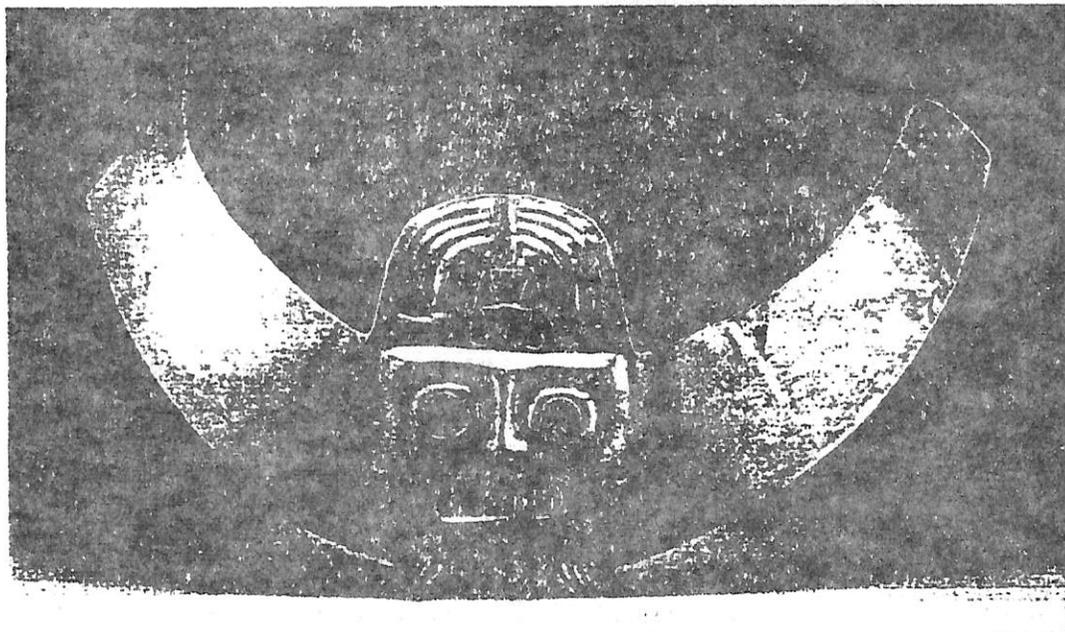
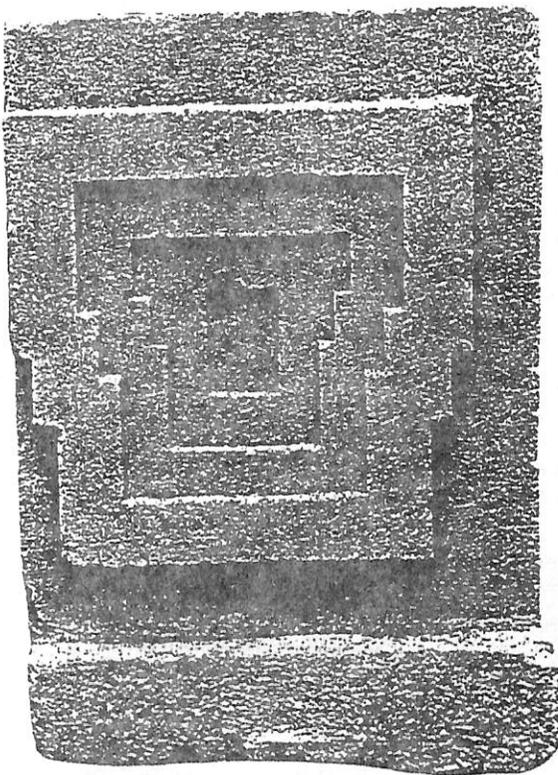


Fig. 13 Diadema aiada que representa una máscara. Tiwanaku, San Sebastián, Cochabamba, Bolivia. 400/800. Oro y sodalita. Museo de Metales Preciosos Precolombinos, La Paz. Foto: Dirk Bakker. (No. de Cat. 266)

Pero las excavaciones recientes han confirmado sin lugar a dudas la descripción que hizo Cieza de León hace casi 500 años cuando escribió que era un "cerro construido por hombres sobre un gran basamento de piedra".¹⁵ El Akapana es una construcción totalmente artificial, de tierra, barro, grava y bloques líticos, escalonada en siete terrazas. El diseño, las técnicas y los materiales de construcción en sí son fascinantes, pero lo son más aún por la información que nos brindan sobre la función y el significado de la estructura.

El Akapana sigue un plano que ha sido descrito como la mitad de una cruz andina, uno de los elementos más comunes y menos comprendidos de la iconografía tiwanacota (véanse las figs. 8 y 14). Es probable que la cruz andina sea un símbolo de las cuatro partes del mundo habitado. El Akapana mide cerca de 200 metros por

Fig. 14 Fragmento arquitectónico con la representación de una "puerta". Tiwanaku, Bolivia. 400/300. Piedra. Museo Arqueológico Regional de Tiwanaku. Foto: Dirk Bakker. La ubicación original de esta curiosa escultura, que ha sido llamada "puerta" o "ventana", es un misterio. Su diseño concéntrico sugiere el plano de la Pirámide del Akapana. (No. de Cat. 277.)



cada lado en su máxima extensión y tiene una altura de casi 17 metros. La terraza de la base es un zócalo bellamente labrado con bloques líticos redondeados y biselados en las uniones. Esta cimentación reproduce la técnica de construcción utilizada en Kalasasaya de levantar pilares verticales en las esquinas de la estructura y a lo largo de la fachada de la terraza. En el Akapana, los pilares están distribuidos aproximadamente cada tres metros y medio, y los arquitectos colocaron hiladas de sillares sin argamasa, sujetos por cuñas a presión, entre los pilares. Este gigantesco muro de revestimiento se remató con grandes bloques rectangulares que sobresalían del frente.

Los detalles arquitectónicos de las seis terrazas superiores del Akapana son marcadamente distintos a la de la base. Las piedras que se utilizaron en los zócalos de aquéllas no tienen, por ejemplo, los filos biselados, y los pilares que marcan los intervalos de la fachada son menos frecuentes; en cambio, las terrazas superiores incorporan en las fachadas grandes sillares líticos que están muy a la vista. A partir de elementos arquitectónicos similares en Kheri Kala, Kalasasaya y Kantatayita, podemos suponer que estos sillares estaban cubiertos de placas metálicas y telas de gran valor iconográfico, o tal vez hayan estado labrados y pintados. Estas terrazas constituían un texto simbólico público, cuyo contenido se ha perdido irremediablemente. Dado el significado ritual que podemos adscribirle al Akapana, lo más probable es que esos "textos públicos" se hayan referido al papel que tenía esa estructura en los mitos cosmogónicos tiwanacotas. Al excavar en las terrazas superiores también se descubrieron espigas de piedra, en forma de cabezas antropomorfas y felinas, empotradas en el muro, que rompen la monotonía lisa y vertical del paramento.

Sugerimos que el Akapana fue creado por la gente de Tiwanaku como el emblema principal de la montaña sagrada, un simulacro de las tan visibles huacas naturales en la serranía de Quimsachata. El Akapana se asemeja a una montaña, que se levanta en terrazas y llega a dominar el paisaje urbano con su vista. En todo el mundo arcaico hay innumerables ejemplos de este tipo de mimetismo entre estructuras piramidales y picos montañosos.¹⁶ Cabe señalar que en el Akapana ciertos rasgos estructurales fundamentan esta asociación con las montañas y, más específicamente, el vínculo entre éstas y las fuentes de agua.

Excavaciones recientes revelaron una red inesperada, compleja y monumental de alcantarillado superficial y subterráneo: esta red parte de la cima en varios canales subterráneos pequeños recubiertos de piedra que originalmente captaban el desagüe pluvial del patio central hundido. Este patio hundido en la cima no estaba techado y, en temporada de lluvias, entre diciembre y marzo, la excesiva precipitación pluvial del altiplano podía llenarlo de agua en unos cuantos minutos. Los

canales de piedra llevaban el agua del patio hundido a un canal colector subterráneo. Es probable que éste se extendiera por los cuatro costados, pero sólo tenemos evidencia directa de los lados norte (donde Créqui-Montfort descubrió fragmentos de la alcantarilla que Posnansky calificó de "cloaca máxima"¹⁷) y occidental. En este último lado se ha excavado un extenso tramo del colector subterráneo, que corre en dirección norte-sur. Es rectangular en corte transversal; está construido con grandes bloques de piedra arenisca (120 x 70 centímetros) bien ensamblados, y su dimensión interior (45 centímetros) podía recibir un enorme caudal. El alcantarillado en su conjunto se inclina hacia el norte con un brusco declive de 12 grados. Con el fin de darle estabilidad a la construcción, este declive se construyó sobre una base de losa; los bloques están unidos con grapas de cobre que fueron vertidas, todavía en estado líquido, para llenar las cavidades labradas en forma de una doble T en los bloques de piedra contiguos. Esta complicada cloaca troncal recolectaba la corriente de los canales que servían para desaguar el patio hundido en la parte superior y la llevaba por adentro de la estructura del edificio hasta la terraza inferior siguiente.

Aquí, el agua brotaba en un canal abierto de piedra unido por espigas a la fachada vertical de la terraza. El agua se desbordaba en este canal y caía en otro, también de piedra, que estaba ubicado en la terraza; corría unos cuantos metros por la superficie, y luego, por medio de un canal vertical, volvía al interior de la estructura para alcanzar la próxima terraza inferior. Esta forma de conducir las corrientes, tanto por dentro como por fuera, seguía la disposición escalonada de las terrazas y se repetía hasta que el agua desembocaba del basamento de la Pirámide del Akapana a través de túneles hermosamente construidos. Finalmente, esa agua, que corría desde la cima, convergía en una gran red de alcantarillado subterráneo instalada a unos tres o cuatro metros por debajo del núcleo cívico/ceremonial de Tiwanaku; esta red desaguaba en el Río Tiwanaku y, por último, en el Lago Titicaca.

Es evidente que este complejo sistema de desagüe no se construyó por un requerimiento práctico de tipo estructural. Un sistema de canales mucho más sencillo y pequeño podría haber absorbido el agua de la parte superior. De hecho, el sistema que instalaron los arquitectos del Akapana, aunque admirablemente funcional, es de una ingeniería exagerada, un ejemplo de técnica lítica que es puro virtuosismo. Es obvio que esta complicada red de desagüe tiene una dimensión que va más allá de lo utilitario, dimensión a la que podemos acercarnos si planteamos la siguiente pregunta: ¿por qué corre el agua, alternativamente, por dentro y sobre la superficie de la estructura?

El mimetismo entre el Akapana y las montañas de la Serranía de Quimsachata va más allá del

parecido morfológico entre los terraplenes y los cerros. Durante la temporada de lluvias, casi todos los días se acumulan bancos de nubes oscuras, cargadas de lluvia, que salen de las profundas barrancas y los valles intramontanos de la serranía. Tormentas repentinas azotan las laderas con lluvias torrenciales, fuertes granizadas y estruendosos truenos y relámpagos. El agua se acumula rápidamente en los desfiladeros y picos a lo largo de las Cumbres de Quimsachata para después fluir hacia las partes bajas del valle. Pero no fluye en forma directa; las aguas de la superficie se escurren a arroyos subterráneos que aparecen ladera abajo, forman charcos en terrazas naturales, para vertirse después nuevamente al interior de la montaña. Las peculiaridades de la geología andina y el poder de erosión del agua se combinan para crear esta alternancia natural entre corrientes subterráneas y superficiales, que finalmente surgen de las faldas de las montañas en ríos, arroyos, manantiales y ciénagas. Esta agua vuelve a alimentar el acuífero del Valle de Tiwanaku y es la fuente de casi toda el agua potable y de irrigación del valle. Los tiwanacotas tenían enormes extensiones de campos elevados dedicados a la agricultura y dependían de esta recarga de los arroyos superficiales y acuíferos subterráneos cada temporada. En el altiplano, la temporada de lluvias es la más importante para el cultivo de las principales cosechas alimenticias, y el éxito de la agricultura depende de este período crítico de precipitación. Las montañas eran sagradas porque eran la fuente del agua que nutría a la gente y sus campos.

El Akapana formaba parte de la esencia espiritual de la Serranía de Quimsachata y evocaba esta imagen con su forma y al imitar la circulación natural de la lluvia en la montaña. El flujo del agua en la pirámide reproducía el de la naturaleza, formando charcos, perdiéndose de vista, brotando en terrazas, emergiendo al pie del terraplén. Es posible que en una tormenta los canales subterráneos en el interior de la estructura incluso hayan producido un efecto acústico, un vibrante rugido de agua corriente que cimbraba la pirámide-montaña mientras las tormentas tronaban por las cumbres de Quimsachata.

El Akapana era el principal templo de la tierra, un icono de fertilidad y de abundancia agrícola. Su localización en el corazón de la ciudad sugiere otra representación simbólica: era la montaña al centro del mundo-isla y quizás rememoraba también la imagen específica de las montañas sagradas de la Isla del Sol en el Lago Titicaca (véase la fig. 2). En este contexto, el Akapana era la huaca principal de los mitos cosmogónicos, la montaña de los orígenes y del surgimiento de los seres humanos, que cobraba un significado mítico histórico específico. La élite que vivía dentro de ese recinto rodeado por canales hacía suyas las imágenes del orden natural y las fundía con su concepto de orden social, y mediante un programa mimético

de manifestaciones arquitectónicas y escultóricas. afirmaba su íntima afiliación con las fuerzas vitales de la naturaleza.

La disposición de una pirámide escalonada principal al centro de una ciudad-isla artificial que evoca los orígenes cosmogónicos se encuentra también en los centros regionales importantes de los tiwanacotas como Lukurmata, Pajchiri y Khonko Wankane. En cada una de estas ciudades, un grupo de canales y fosos artificiales dividen el paisaje urbano en un núcleo ceremonial compuesto por templos y residencias de la élite ordenados dentro de un recinto-isla, que se contraponen a extensos sectores de arquitectura vernácula. En Lukurmata (fig. 16), el conjunto ceremonial central estaba organizado en torno a un terraplén y contaba también con un sistema de alcantarillado similar al del Akapana.¹⁸ Las aguas pluviales recolectadas en la parte superior eran conducidas por canales de piedra labrados hasta llegar a la base de un crestón rocoso, que había sido modificado artificialmente, sobre el que se levantaban las estructuras. El agua de la cima fluía hacia el canal principal que delimitaba la isla-núcleo y, por último, al Lago Titicaca. Este canal también recolectaba el agua de un sector contiguo de campos elevados, y así vinculaba al conjunto con la productividad agrícola.

Sabemos, entonces, que el Akapana fue un templo que tuvo un papel fundamental en la religión tiwanacota y en la ideología de su élite, pero hay otros elementos de la estructura, descubiertos en excavaciones recientes, que añaden una textura fascinante a nuestra comprensión de su función y significado. A pesar de ser el centro de culto y de rituales, una sección de la parte supe-

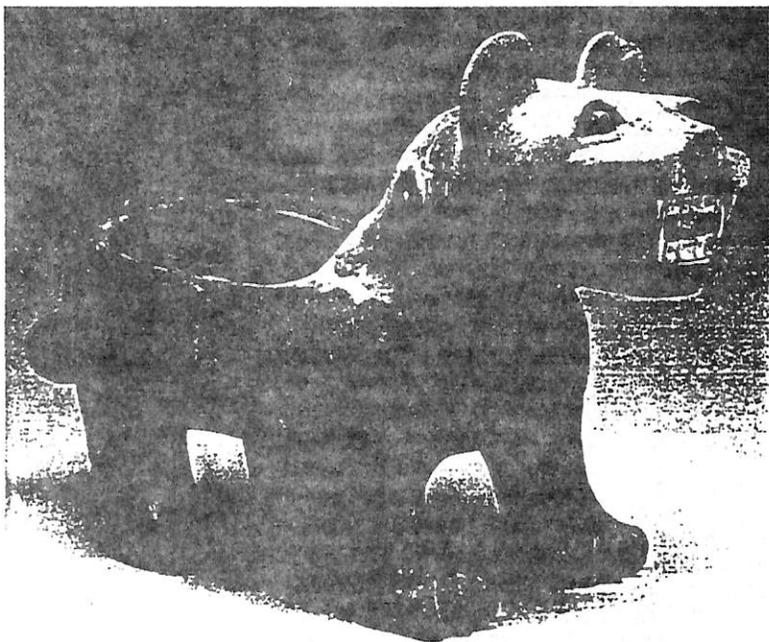
rior era utilizada como área residencial. Casi toda la superficie superior la comprendía el patio hundido al centro, que medía cerca de 50 metros por lado, con acceso por medio de escalinatas axiales gemelas. Podemos suponer que en el interior del patio hundido del Akapana, al igual que en el Templo Semisubterráneo y en Kalasasaya, se colocaron enormes esculturas líticas con una iconografía compleja, netamente religiosa. Pero en los costados del patio central, por lo menos en los del norte, donde hemos llevado a cabo importantes excavaciones, también había estructuras claramente seculares.

Ahí, en torno a un patio central, había un conjunto de habitaciones bien construidas, al parecer residencias. Aunque no se encontraron hogares ni áreas de preparación de alimentos, estos cuartos, al igual que el patio central, contenían grandes cantidades de pedacería de cerámica utilitaria, y los restos botánicos que se encontraron indican que sus ocupantes comían papa, maíz y posiblemente frutas de las zonas *yunga* (semitropicales). Debajo del patio central se descubrió una serie de entierros: una fila de adultos sentados, originalmente envueltos en fardos funerarios, estaba frente a un varón sentado que sostenía un incensario en forma de felino (véase la fig. 15). Estos entierros sugieren que los habitantes del Akapana provenían de la élite tiwanacota. Haciendo una analogía con el Estado incaico, el excavador de este complejo concluyó que las habitaciones habían sido residencias de sacerdotes, quienes presumiblemente fungían como los principales practicantes de los rituales en las ceremonias celebradas en la parte superior de la pirámide.¹⁹

En la esquina suroccidental del conjunto se descubrió una importante ofrenda relacionada con la clausura y el abandono de una de las habitaciones: 14 llamas desarticuladas; broches y placas de cobre, y una figurilla en miniatura que representa una zorra sentada; hojas de plata amantillada; además, un adorno labial de hueso; mica; obsidiana; cuarzo; fragmentos de cerámica policroma muy elaborada, entre ellos un *kero* (vaso ritual) en miniatura, un incensario en forma de puma y una vasija con la imagen de una resplandeciente figura coronada, como la que aparece en la Puerta del Sol. Los cráneos y las mandíbulas superiores de las llamas se encontraron en los costados norte y poniente del aposento; las mandíbulas inferiores se colocaron en la esquina suroriental, y los objetos metálicos se concentraban en las porciones nororientales de la habitación. La cerámica policroma, el adorno labial, la mica y los fragmentos de obsidiana y de instrumentos de cuarzo se encontraron a la entrada.

Como señaló el excavador, la distribución de estos objetos nos hace pensar que son restos de un importante ritual.²⁰ Una muestra de carbón vegetal tomada de estos materiales dio una fecha radiocarbónica de 1130 ± 210 , o sea entre el año

Fig. 15 Incensario en forma de felino. Tiwanaku, Bolivia 400/800. Cerámica. Instituto Nacional de Arqueología de Bolivia, La Paz. Foto: Dirk Bakker. (No. de Cat. 273.)



12

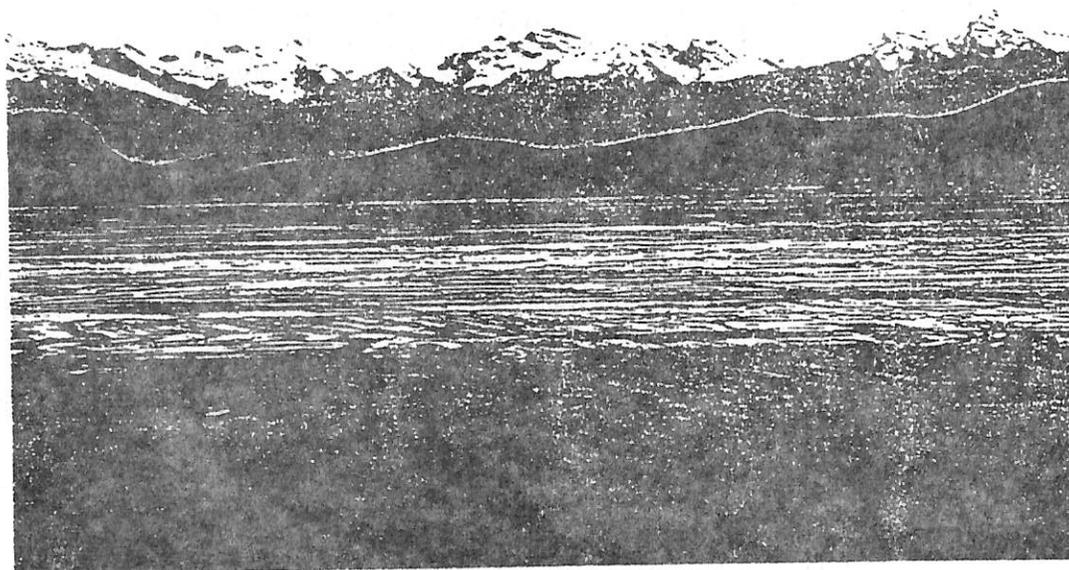


Fig. 16 Los antiquísimos campos de cultivo próximos a Lukurmata, Bolivia, que datan de los años 400 a 800 d.C., formaban parte del sistema agrícola altamente organizado que existía en Tiwanaku y en los pueblos aledaños. Foto Hugo Boero Rojas.

1000 y 1300 d.C. Dado que la ofrenda obstruía el acceso a la habitación y que el episodio ocurrió en una época de abandono general de la ciudad, el rito bien puede haber sido uno de clausura, durante el cual el Akapana, el gran templo de la tierra, y los practicantes de sus cultos fueron enterrados simbólicamente. En todo caso, la forma en que se clausuró este cuarto sugiere que las habitaciones en la parte superior de la pirámide no eran moradas ordinarias.

Algunas terrazas situadas más abajo en el terraplén también son testimonio de que ahí existieron edificios con zócalos de andesita y enormes estructuras de adobe. En excavaciones llevadas a cabo por arqueólogos bolivianos a mediados de los años setenta, se descubrió una serie de edificios pequeños pero delicadamente construidos en la primera terraza del Akapana.²¹ Varias de estas edificaciones parecen ser construcciones tardías, tal vez diseñadas por los incas después de que Tiwanaku fuera abandonada por sus primeros habitantes. Los incas incorporaron a Tiwanaku como un importante lugar sagrado en la organización de su espacio imperial y, según se dice, construyeron allí algunas estructuras. No obstante, otras construcciones en terrazas claramente corresponden a su época de florecimiento.

Las excavaciones en la esquina noroccidental del Akapana revelaron una serie de ofrendas rituales que resultan fascinantes, aunque hasta la fecha no se ha comprendido totalmente su significado, relacionadas con los cimientos de la estructura y con las edificaciones en la primera terraza. Se encontró una serie de 21 entierros humanos, mezclados con huesos de llama y con cerámica que data del período tiwanacota clásico (c. 400-800). Casi todos los entierros están incompletos, pero los huesos hallados estaban articulados en su posición anatómica correcta.

A primera vista, se pensó que estos individuos (muchos de ellos eran varones adultos entre los

17 y los 39 años) fueron desmembrados antes, o poco después, de su muerte. Sin embargo, los huesos no mostraban pruebas de haber sido cortados y hay poca evidencia de violencia física intencional. Descartando una capacidad preternatural para descuartizar un cuerpo humano sin dejar marca en los huesos, suponemos que los cráneos y otras partes del cuerpo fueron removidos *postmortem*, después de que el cadáver y sus fuertes tejidos conectivos comenzaran a descomponerse. Es posible que estos individuos hayan muerto o hayan sido sacrificados, y que sus huesos fueran enterrados en el Akapana posteriormente en fardos como momias. Aunque algunas partes del esqueleto —como el cráneo y las extremidades inferiores— se removieron al formar el fardo de la momia, las partes restantes quedaron en su posición correcta.

¿Por qué se habían removido ciertos huesos, en particular los cráneos? Una pista nos la da una ofrenda de cerámica policroma rota adrede, relacionada con cinco de los esqueletos incompletos. La cerámica y los entierros fueron descubiertos en una habitación en ruinas, dentro de una estructura en la primera terraza del Akapana. La cerámica data del período tiwanacota clásico; tres fechas radiocarbónicas establecen que el episodio tuvo lugar entre 530 y 590 d.C. Estas fechas, junto con el patrón de entierro de esqueletos incompletos, indican que la ofrenda fue contemporánea de las que se excavaron a lo largo del muro de cimentación, incluso tal vez formaban parte de un solo sacrificio. La ofrenda de cerámica incluía cientos de finos recipientes y *keros* policromos, que encontramos hechos añicos. Los fragmentos de los recipientes tienen un elemento de diseño constante, uniforme: franjas decoradas con cabezas-trofeo estilizadas, mientras que algunos *keros* muestran imágenes pintadas de hombres ataviados como pumas y cóndores. Cabezas-trofeo cuelgan de la cintura de estas figuras o

aparecen incorporadas en los diseños de las máscaras de puma o cóndor de los danzantes pintados en los recipientes. Las cabezas-trofeo humanas con frecuencia aparecen como remates de los bastones que llevan los danzantes enmascarados. Las cabezas-trofeo, pese a ser imágenes estilizadas esqueléticas, claramente representan cabezas-trofeo reales. En algunas excavaciones realizadas en Tiwanaku se han encontrado cráneos cortados y pulidos, lo que deja poca duda de que la práctica de tomar la cabeza del adversario vencido en la batalla era un elemento simbólico importante tanto en la guerra como en el sacrificio ritual.

El testimonio del arte del Estado indica que la élite de Tiwanaku estaba obsesionada por la decapitación y la exhibición ritual de cabezas cercenadas. Muchas figuras humanas con máscaras zoomorfas (que quizás representan guerreros rituales), resplandecientes en vestimenta adornada con cabezas-trofeo, llevan cuchillos de sacrificio y hachas de combate. Un tipo de escultura lítica, los guardianes *chachapuma*, representa poderosos guerreros con máscaras de puma que llevan la testa cercenada del vencido en una mano y el hacha de combate en la otra. En septiembre de

Sacrificador

Fig. 17 Vasija-retrato. Conjunto de edificios de Kalasasaya, Tiwanaku, Bolivia, 400/800. Cerámica. Museo Arqueológico Regional de Tiwanaku. Foto: Dirk Bakker. Los retratos son poco comunes en el arte tiwanacota, pero no cabe duda de que esta vasija representa a una persona en particular. (No. de Cat. 276.)



1989, descubrimos un *chachapuma* ejemplar en los escombros de la base de la escalinata occidental del Akapana, en el mismo contexto estratigráfico que las ofrendas humanas colocadas en el zócalo. Esta escultura de aspecto feroz, tallada en basalto negro, parece estar agazapada y de manera amenazante muestra en su rezago una cabeza-trofeo humana con pelo largo trenzado (véase la fig. 10). Además de evocar la imagen de un gigantesco templo dedicado a la tierra, las esculturas y las ofrendas ordenadas encima y alrededor del Akapana constituían un texto ritual que glorificaba a los guerreros-sacerdotes, quienes formaban el ápice de la jerarquía gobernante tiwanacota.

Tiwanaku como fenómeno urbano

La impresionante calidad visual del núcleo cívico/ceremonial de Tiwanaku llevó a algunos investigadores de generaciones pasadas a equivocarse en su interpretación del significado social de la ciudad y a argüir que Tiwanaku sólo contaba con un número reducido de templos y algunas edificaciones menores dispersas y que, por lo tanto, desempeñaba un papel estrictamente ceremonial como "centro ceremonial deshabitado" al que acudían peregrinaciones religiosas y que no tenía una gran población residente. Estos investigadores supusieron que la arquitectura lítica de la superficie reflejaba toda la actividad humana del lugar y también la de sitios regionales como Lukurmata y Pajchiri, y por lo tanto, los describieron como centros de actividad de culto exclusivamente. No llegaron a distinguir que las construcciones de adobe sobre cimientos de piedra abundaban en Tiwanaku y en los asentamientos satélite. Sin excavaciones sistemáticas, esta arquitectura es difícil de identificar: a lo largo de los siglos el material de construcción se disuelve y los escombros vuelven al suelo.

Investigaciones cuidadosas iniciadas por el CIAT y continuadas en excavaciones recientes realizadas por INAR y por la University of Chicago,²² demuestran sin lugar a dudas que el área mínima del núcleo cívico/ceremonial, contando los sectores circundantes de densa habitación, se extiende a lo largo de cuatro kilómetros cuadrados y que el entorno urbano en su conjunto cubre seis kilómetros cuadrados. Es evidente que una población numerosa vivía en Tiwanaku de manera permanente; no es exagerado calcular que tenía entre 30,000 y 60,000 habitantes.

Más interesante aún que las dimensiones del paisaje urbano y el tamaño de su población, es el cuidado con que fue planificado. Las excavaciones que se están llevando a cabo en un área de arquitectura vernácula al oriente del Akapana demuestran que, al menos para los periodos entre 400 y 1100 d.C., los barrios residenciales de la ciudad tenían una orientación cardinal al igual que el núcleo cívico/ceremonial. Esto implica que el concepto del orden urbano correcto desplegado

en el núcleo también se extendía, en cierto sentido, a todos los ciudadanos de Tiwanaku.

Las excavaciones y la intensiva recolección superficial actualmente llevadas a cabo en Tiwanaku también han proporcionado evidencia directa de talleres artesanales especializados que producían cerámica para fines ceremoniales y utilitarios; objetos pulidos de hueso y de piedra, como las tabletas utilizadas para ingerir drogas alucinógenas; objetos y adornos de cobre, oro y plata para fines suntuarios personales, y obras lapidarias en lapislázuli, sodalita, turquesa y jaspe. En las casas se tejían textiles con lana de llama, y se hacían herramientas de obsidiana, basalto y sílex para uso doméstico y para el consumo de la élite de la ciudad.

Estos últimos trabajos arqueológicos han apoyado el concepto básico propuesto por Ponce Sanginés, el de una sociedad tiwanacota estratificada en por lo menos tres clases: en la cima, un grupo de linajes compuestos por guerreros-élites que ostentaban los puestos políticos y religiosos; una clase media artesanal, que laboraba para los linajes gobernantes, y, en la base de la pirámide social, una clase inferior de campesinos, pastores y pescadores, quienes eran el sostén del sistema económico tiwanacota.²³ Los agricultores y los pastores, quienes en su mayoría vivían y trabajaban en los campos que rodeaban los centros urbanos, proporcionaban el excedente de producción necesario para sostener al Estado y sufragar los costos del complejo sistema de obras públicas que llegó a ser característico de la civilización tiwanacota. Estas obras incluían proyectos audaces para recuperar enormes extensiones de tierra rural con el fin de incorporarlas al sistema económico como fincas agrícolas bajo el control directo de la aristocracia gobernante.²⁴

De estas fincas asaz productivas, la riqueza en forma de excedente agrícola regresaba a la sociedad urbana y proporcionaba el sustento económico para logros sin paralelo en los campos artístico, religioso y político. Los ámbitos rural y urbano estuvieron íntimamente entrelazados durante el proceso de la creación de la civilización tiwanacota. Tal vez el testamento más perdurable de su ingenio y poderío sea la manera en que transformó al paisaje para beneficiar a su población. El dominio del entorno natural en Tiwanaku encontró una intensa expresión simbólica y una recapitulación en el ambiente artificial de sus ciudades y en su arquitectura y arte monumentales.

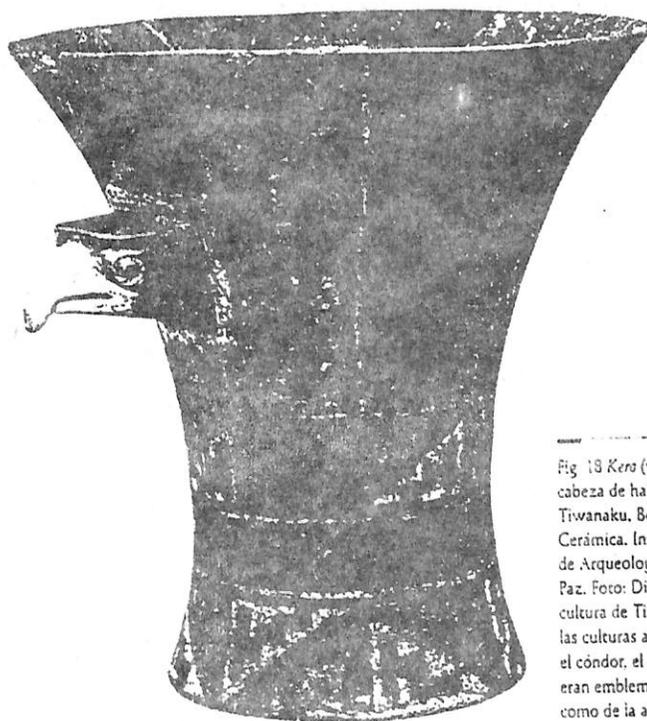


Fig. 18 Kera (vaso ritual) con cabeza de halcón modelada. Tiwanaku, Bolivia, 400/800. Cerámica. Instituto Nacional de Arqueología de Bolivia. La Paz. Foto: Dirk Bakker. En la cultura de Tiwanaku, como en las culturas andinas anteriores, el cóndor, el águila y el halcón eran emblemas tanto del cielo como de la autoridad militar. (No. de Cat. 272.)

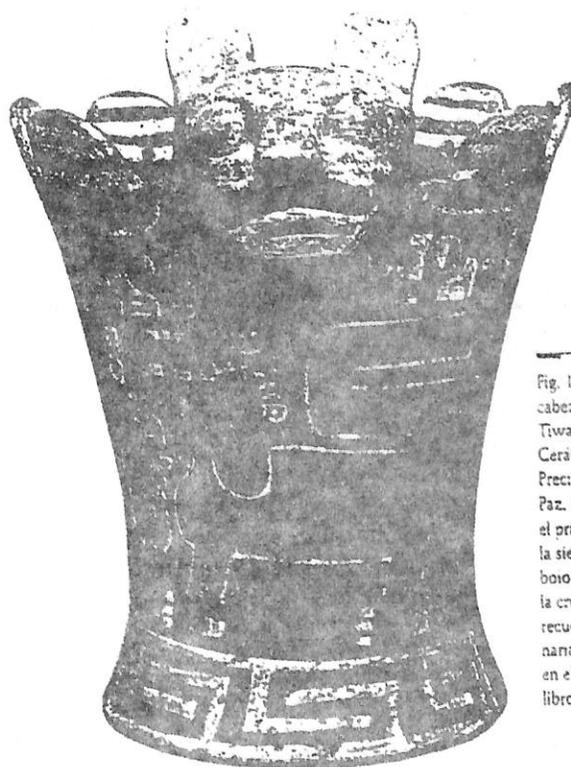


Fig. 19 Kera (vaso ritual) con cabeza de felino modelada. Tiwanaku, Bolivia, 400/800. Cerámica. Museo de Metales Preciosos Precolombinos. La Paz. Foto: Dirk Bakker. Como el principal animal de rapiña de la sierra, el puma era un símbolo de gobierno. El motivo de la cruz de este ejemplo recuerda una tradición originaria de Chavin (vease la fig. 9 en el ensayo de Burger en este libro). (No. de Cat. 267.)